

§. III.

Mas ántes de todo lo demas es menester que establezcamos conformemente entre nosotros, qué es casualidad; porque por aquí se verá, si jamas ha sido posible que haya sido el Ingeniero del Universo. Casualidad no es otra cosa que una causa accidental de algun efecto que acaee rara vez; y quando acontece es siempre fuera de lo que pretendia el operante, ó de lo que previa (1). Veis aquí pronto el exemplo. Avicena (2), Médico ilustre, despues de haber leído y releído muchos años todos los volúmenes de las sutilezas Metafísicas que conocia, determinó abandonar el estudio de esta ciencia; tan superior le pareció á su propia capacidad: quando habiendo llegado un dia á la plaza para hacer sus negocios, halló en ella á un revendedor que daba libros viejos á baxísimo precio. Convidado de tanta facilidad, dió Avicena tres reales, y compró con ellos un volumen insigne, de que no tenia noticia, que era la Filosofia comentada por Albumasar. Leyóla, y de allí sacó tanta luz, que para salir Metafísico sublimísimo, no tuvo necesidad de otro director. Este encuentro tan favorable fué casualidad; porque fué rarísimo, pues no suele acontecer comunmente que de ir á una plaza procedan semejantes ganancias; y fué casualidad, porque fué impensado, pues Avicena no iba á la plaza para comprar libros, mas para comprar que comer. Ahora, qué de estas dos condiciones me tratareis en la constitucion del Universo para demostrarme que le produjo la casualidad? Allí no vemos que resulta un efecto, para cuya consecucion no haya puesto la naturaleza su medio, y su medio directo. Ni vemos que de este medio resulte aquel efecto una vez ú otra, mas vemos, que resulta ordinariamente. Si estas, pues, no

son

(1) Arist. 1. 2. Phis. c. 7. (2) Theat. Vet. vol. 21. l. 4.

son obras del arte, cuáles lo serán? Antes sobre los dos principios que ahora os he traído, como sobre dos sólidas basas, habemos de levantar tales máquinas contra la casualidad, que caiga despenada á lo profundo. Comencemos por la primera.

CAPITULO VII.

Por lo que procura la naturaleza aquellos efectos que consigue, se manifiesta que no obra acaso.

Qualquiera artífice recto, segun la doctrina que da el Doctor Angélico (1), considera tres cosas en sus diseños. Considera el fin de la obra, como es quando ha de fabricar una casa, para quién la fabrica. Considera las proporciones que se han de guardar; esto es, la proporcion general de la obra con el fin, y la proporcion especial de cada parte de la obra con las otras. Y finalmente considera cuáles son los medios que mas promueven este fin, y apartan todos sus embarazos, valiéndose para eso de modelos, de peones, y de máquinas las mas acomodadas que pueden hallar para aquella necesidad. Todas estas consideraciones, propias del arte, resplandecen maravillosamente en las operaciones de la naturaleza: de donde si de ningun artífice, que proceda conforme á las dichas reglas, se dirá que obra acaso, mas que ántes obra con sabiduría suma; por qué se ha de decir solo de la naturaleza? Por ventura no la observa siempre divinamente? Mirémoslo en lo que cada uno tiene delante de los ojos.

§. I.

La naturaleza quiere que los animales no se dexen de nutrir, por la necesidad que todos tienen de

Parte I. G

(1) S. Thom. 1. dist. 39. q. 2. art. 1.

reparar con el alimento lo que el calor natural ha consumido en ellos con su actividad.

Y veis aquí que para este fin llena la tierra de infinitas yerbas, de trigo, de fruta; el ayre de plumas; y el agua de peces; los bosques de caza, para que, como de despensa indefectible, saque qualquier viviente refaccion proporcionada á su genio, escogiéndola con sabia industria; porque tal vez lo que para uno es veneno, es para otro remedio.

Pero no basta que haya comida: es menester que la comida se acomode á los miembros que se han de alimentar. Veis aquí, pues, que á todos los animales, sin excepcion, se les ha dado boca para tragarla, paladar para discernirla, dientes para partirla, demenzarla, mascarla, tanto, que hasta los gusanillos mas tiernos hallan en el duro leño con que satisfacer la hambre, y tienen para masticarlo una dentadura tan fuerte, que no se rinde donde se despedazan las siervas.

Pero no es suficiente aquella primera digestion de la comida, que los animales forman en la boca para sacar de ella el jugo: es menester que baxe por la garganta al estómago, que es prodigioso en su labor; porque si aquí no se encontrara un herbor apacible, una levadura proporcionada, y una robustez suficiente de fibras nervosas y carnosas, con buen aforro interior, belloso en sus tunicas, y adornado con menudísimas glandulas (para que, segun lo pide la necesidad, la comida determinada se ablande, se agite, se desate, y en una nueva tierna masa, que resulta de la mezcla del manjar y de la bebida, pueda por la cuesta del piloro correr fácilmente á los intestinos) lo que se come serviría mas de peso, que de sustento.

Y sin embargo qué es esto, respecto de lo demas de la obra que se requiere para la nutricion? Hablad á los Anatomistas, y os dirán con sus propios términos

nos

nos cuántos licores son menester todavía: desatados con admirable arte en las oficinas del hígido y del pancreas, donde por sus otros arcauces salen con impetu al principio de las tripas como nueva levadura, necesarísima para la perfeccion del quilo, para que en siendo sutilizado allí mas, y como volatilizado, puedan las particillas útiles (que son las nutritivas) separarse de las inútiles (que son las escrementicias) tanto, que en virtud del recogimiento de los músculos sobrepuestos y de las fibras extendidas de los intestinos, vayan á penetrar por angostísimas entradas en innumerables canales lacteos, que esparcidas por el mesenterio, pasan para la utilidad del quilo por aquellas glandulas, ántes de verterle en su receptáculo universal, que tambien se dice vaso linfático grande. Y no solo esto; mas os dirán cómo allí el quilo se aprovecha de nuevo de la mezcla de un licor sutilísimo, hasta que saliendo por la vía que poco ántes se le descubre á la vena subclavia siniestra, llega mezclado finalmente con la sangre, mediante la vena cava, al ventriculo derecho del corazon, sin que por eso sea admitido para nutrir perfectamente hasta despues de haber discurrido ántes todo por los pulmones. Y os añadirán, como á las embocaduras de los canales por donde pasa hay puestos por todos los caminos tantos reparos contra el remolino de los fluidos, y repartidos tantos ingenios, y desviados tantos tropiezos, y tenidas tantas advertencias, que el enseñarlas todas fuera nunca acabar. Parécenos, pues, que la naturaleza, en solo aquello poquísimo que he dicho aquí, consigue un fin, que nunca ha pretendido derechamente, y aun procurado con todas aquellas tres prévias consideraciones que constituyen al buen artífice?

§. II.

Y si en sola la nutricion de los animales, que es la mas baxa de todas sus obras, repara tan aten-

tamente en su fin , repara en el órden , repara en los órganos , repara en todo ; juzgad lo que hará en las mas altas ; pues así como un género de gala cortesana , como es la Corinta ó la compuesta , es puesto en razon que la lleve quien es mucho mas digno que un rústico ; así en la fábrica incomparable de qualquier animal no dexa la naturaleza de poner la mira en lo que mas se debe estudiar. Decidme , pues , en qué consiste hacer las cosas con diseño , si esto es , segun vosotros , hacerlas acaso ? Habeis visto jamas milagro tan extraño ? Un ciego , que nació sin ojos , que nunca miró la luz en sí misma , ni los colores , tomar en la mano un pincel , y bañándole sin discrecion en varias tintas , bosquejar al mismo tiempo , y concluir perfectísimamente , no digo una obra igual á la Cena admirable de los Dioses , con que Rafael se mostró casi numen de la Pintura ; mas ni aun una de aquellas tan inferiores , que dieron el primer crédito á Cimabue ? Como , pues , puede suceder , que si la figura , aun contrahecha é imperfecta de un animal , no se puede trabajar sin arte , se pueda trabajar sin arte con estupor el animal mismo , vivo y verdadero ? Es menester salir totalmente de sí para creer estas insulseces. Envió Galeno un papel de desafio á todos los Epicureos , dándoles de tiempo un siglo entero para enmendar , para añadir , para agrandar , y para mudar en mejor la particilla mas mínima del cuerpo humano ; y se ofrecia , en executándolo , á hacerse de su secta , hasta reconocer á la casualidad por arquitecto de tan hermoso edificio. Ea , haceldes tambien vosotros un desafio semejante á los Arcistas sobre qualquiera otra labor de la naturaleza , y veréis como quedan aun mas que avergonzados : tan infalible es , que todos sus ingenios , aguzados con la pasión , no encontrarán en aquellas labores mas objeto que de aplauso y de admiracion : tal es la ciencia del fin , tal es la disposi-

cion

cion de las partes , y tal es la prudencia en todos los medios que la naturaleza aplica para el fin intentado.

§. III.

Y no vale el recurrir á las infinitas combinaciones posibles de los átomos , que andan dando vueltas , entre las cuales se puede decir que fue una ésta , de que formó al presente nuestro Universo. Débil puntal para máquina que va tan de caida ; porque entre todas las combinaciones que le son posibles á la casualidad , no se puede jamas encontrar alguna de las que únicamente le son posibles al entendimiento. Si por infinitos siglos hubieran andado discurriendo por el ayre todos los caracteres de las Imprentas Olandesas , no hubieran llegado jamas á formar la Jerusalem librada del Taso ; mas á qualquiera junta feliz hubieran siempre unido á millares los yerros ; no pudiendo acontecer que la casualidad , con todas sus revoluciones posibles , llegue jamas á obrar , como lo que no es , esto es , á obrar como artifice , no como casualidad : como no puede suceder que todas las fantasmas de un caballo ó de un perro , haciendo infinitas revoluciones en tal imaginativa , lleguen á producir discurso como hombre ; porque el discurrir trasciende todos los confines prescritos al modo que tiene en su obrar qualquiera cabeza de bruto. Esta es la esencia de la casualidad , ser una causa determinada á producir de modo opuesto al del entendimiento , esto es , á producir sin conexion y sin correspondencia : de adonde si aquellos caracteres hubieran formado un verso solo perfecto , hubiera sido un milagro de la fortuna , mayor que el que refiere Plutarco (1) de un Pintor , que desesperado de poder representar al vivo la espuma de un caballo , que habia retratado con el freno en la boca , le

ar-

(1) Plutarco. libel. de fortuna.

arrojó sobre el freno la esponja para destruir lo que habia hecho; y en vez de destruirlo, lo perfeccionó. Y este milagro de la fortuna, mudada en arte, dixo Plutarco, que era el único de que se hacia mencion: *Esta sola artificiosa hazaña de la fortuna se cuenta.* En lo demas, como arrojando tal esponja infinitas veces, no hubiera aquel Pintor conseguido jamas formar la Helena de Ceusis, el Jalyso de Protogenes, el Genio de Parrasio, la Andriomenes de Apeles; quando mas hubiera acontecido que hiciera alguna otra fácil combinacion de colores, semejante á las casuales: así aquellos caractéres, juntándose infinitas veces entre sí, jamas hubieran llegado á componer un poema heróyco. Pues si está inmensamente mas colmada de inteligencia y de ingenio qualquiera composicion de un cuerpo animado, que qualquiera composicion de versos, aun hermosísimos, cómo puede ser parto de la casualidad un elefante, un unicornio, un delfin, una águila, un hombre, y aun todo el concierto del Universo tan bien dispuesto, si no puede ser parto de la casualidad un poema en octavas?

§. IV.

Qué mas? Anda por la boca de todos, que la arte es mas hermosa quando imita mas á la naturaleza. Cómo, pues, la naturaleza está sin arte? Puede quien copia sacar del exemplar lo que no hay en él?

Antes si el arte tiene necesidad de tanto juicio y de tanta sagacidad para imitar á la naturaleza, es menester que la naturaleza venza tanto al arte en el juicio y en la sagacidad, quanto es menester que el maestro que da la idea venza al estudiante que ha de aprenderla. Es gran prodigio, que la luz de una verdad tan resplandeciente no haya herido con fuerza las niñas de los ojos de Demócrito, aunque baxas y cerradas con el empeño. Fué este Demócrito el que en-

con-

contrando á un villanito llamado Portágoras, que llevaba sobre las espaldas á su casa un haccillo de leña, atada una con otra con garvo no ordinario, se paró primero, callando para observarlo, y despues habiéndole hecho descomponer, y volver á componer desde el principio su pequeña carga, pronunció, que Portágoras tenia talento para salir Filósofo de grande nombre, y lo adivinó. Ahora oid una cosa increíble, y sin embargo segura. Demócrito reconoce en un haz de leña bien ordenado el ingenio de un hombre; y en este grande todo del Universo, tan metódico, tan magistral, tan divino, no reconoce mas que la casualidad, que fabrica á cierra ojos! No quiere que pocos leños juntos unos con otros con alguna proporcion, pueda proceder de otra causa inferior á un entendimiento, que obra con juicio y con sagacidad; y quiere que esta gran arquitectura del Mundo, cuya superficie no llegan á penetrar todos los ingenios humanos, quanto mas las perfecciones y el fondo, sea fabrica de un bullicio confuso de cuerpecillos, que vuelan casualmente en la nada, y se cogen unos á otros, como lo hacen los rapaces quando juegan á la gallina ciega. Mucha razon tuvo Aristóteles (1) de llamar á este discurso, discurso de Ebrio, que no ve, entre ve. Mas dixo aun poco; pues estos á la verdad no son yerros, son atravesamientos de ojos. Pero vosotros qué decis entretanto? Os parece que se determinan á creer hermosas cosas los que se desdennan de creer firmemente que hay Dios? En qual de dos casos trataréis mas como tiranos á vuestros entendimientos; quando les obligueis á aprobar los discursos que son tan conformes á la razon, ó quando les obligueis á aprobar las necesidades? Pues tal es ésta, que la naturaleza no pretende aquellos fines á que hace que cons-

pi-

(1) Aristot. lib. 5. *Metaphys. cap. 9.*

píren tantos medios. Falta ahora mostrar, que no consigue estos fines una ú otra vez solamente, como la casualidad; mas los consigue constantemente. Mas porque esto es llamarme á la otra proposición, que echa en tierra las fábricas, que atribuye tan falsamente Demócrito á un ciego, reservemos el probarla para otro capítulo, pues lo merece.

CAPITULO VIII.

Por la constancia de los mismos efectos en la naturaleza, se descubre mas, que no vienen de la casualidad, mas del consejo.

Si un rayo de sol pasa por algun resquicio de una ventana (i), observaréis, poniéndole delante un papel, que alejándose algun poco de aquel agujero, no retiene mas la figura quadrada, octángula, ovada ó triangular, propia de aquel agujero por donde pasó; mas reduciéndose siempre con igualdad á un círculo, parece que le dice á quien entiende bien el lenguaje de su luz: *Yo soy hijo del sol: de él vengo á descender por la naturaleza, y á él vuelvo, dándole esta gloria de figurar en mi pequeñez una imagen ilustrada de su esfera tanto mayor que la mía.* Ahora, lo que el rayo respecto del sol, es qualquiera criatura respecto de Dios: procede de su Magestad, como de principio; y vuelve á su Magestad, demostrándole á todos los ojos que no estan ciegos; pues no dexa jamas de representar en compendio aquel eminente valor de su Hacedor, de suerte, que qualquiera que le mira tenga ocasion de levantarse á argüir entre sí, que si es tan hermoso el efecto, mucho mas hermosa sin comparacion ha de ser la causa. Mas cómo se verificará este discurso, si el orden, la armonía, el

(i) Aristot. in Prob. sect. 15. n. 10.

artificio, la magestad que se trasluce en todo lo criado no tuvieran mas principio que una vil mezcla de cuerpecillos, abrazados unos con otros? Sin duda alguna seria mucho mas alto aqui el efecto que la causa. De adonde si esto no se ha de conceder de algun modo, es necesario que se le señale á tan hermoso todo un principio dotado sobre todo lo que se puede ejercer de aquel juicio, y de aquella sabiduría que resplandece tan vivamente en ese mismo efecto.

¶ I. si alguno de aquellos protervos que no se juzgan jamas convencidos mientras tienen la lengua libre para contradecir, quisiere todavía sustentar este partido totalmente increíble, esto es, que aquellos tan numerosos abortillos, á que damos el nombre de átomos, juntándose ciegamente entre sí infinitas veces, llegarán una á formar este gran coloso del Mundo tan bien entendido; tengase por admitido este imposible. Mas de qué sirve? De la misma manera se hallará precisado al fin á conceder, que si la casualidad podia darle la forma á tan hermosa obra, no por eso podia mantenerla establemente. Pues entre todas las propiedades de la casualidad esta es la principal, la volubilidad, y la continua mudanza.

Y dónde se hallará que ella dé siempre á luz un parto uniforme? Antes es propio suyo el variarlos mas frecuentemente que la Africa, á la qual le parece poco el poblar las arenas de monstruos, sino los da siempre nuevos. Mirad un jugador no malicioso. Si dexa correr sobre el tablero los dados como quieren, no es posible que á qualquier tiro descubra el mismo punto, mas siempre va variando; tanto, que si sin interrupcion llegase á echar tres seises, no se podría dudar que en ese juego interviniese engaño. Ponedle al jugador á pleyto la ganancia como no justa; y tendrian los Jueces por manifesto, que trató aquellos dados con

arte cautelosa, no simple. (1). De aquí es, que ha quedado muy célebre en las historias la temeridad de aquel Infantillo, que obligado con otros muchos compañeros suyos fugitivos á tirar el dado debaxo de las orcas que tenían preparadas, descubrió al primer lance un punto tan venturoso, que le libró de la muerte. Y sin embargo, el insensato se determinó á venderlo por pocos doblones al vecino. Volvió segunda vez al funesto juego, y le salió la misma suerte: de donde embriagado con su ventura, no dudó volverla á vender de nuevo: hasta que á la tercera descubrió un punto pésimo; y no pudo, perdiendo aquella vida de que se habia mostrado tan poco digno. Arguta el necio de que le habia sido dos veces la casualidad propicia, que lo sería tambien la tercera, y no se desengañaba: siendo así por el contrario, que porque dos veces le habia sido propicia, por eso la habia de temer mas la tercera enemiga. Este es el genio de la casualidad. No sabe jamas texer una tela continua de operaciones entre sí concordes; y aunque se valga de los mismos medios, no sabe valerse de ellos de los mismos modos, que es lo que se requería para asegurar con ellos el mismo fin. Certificanos la naturaleza, que esto no es propio de otro, que de quien obra con conocimiento perfecto. Por eso, aun fingiéndose este grande imposible que un ejército inmenso de aquellos cuerpecillos que vuelan sin pensar, se hubieran unido unos con otros tan hermosamente, que hubieran compuesto un León vivo: cómo se portarán después por sesenta siglos, desde que parecieron Leones en el mundo para ir formando todos los dias tantos y tantos semejantísimos, quantos son los que cuentan por sí solas las selvas Hircánas? Lo mismo que se ha dicho de los Leones, decildo de todos los demás animales que no tienen número; decildo de las yerbas, de los rios, y de cualquier otra cosa que se cria en el mundo.

(1) Tam. de bello Belg. dec. 2. Leon. m. c. 4.

decildo de las frutas, decildo de las flores, y decildo de todo lo que hace al mismo tiempo tan noble al Universo.

§. II. Y mucho mas, cómo pudiera una liga fortuita durar sin cesar entre tantas contrariedades y tantos contrastes? De adónde sacará la casualidad lazos bastantes para conservar firmes unas con otras y apretadas entre sí por tan largos espacios partes tan opuestas, propiedades tan enemigas, generaciones de cosas entre sí implacables; de ligeras y de pesadas; de sólidas y de líquidas; de estables y de flexibles; de lucidas y de opacas; de calurosas y de frias; de vencedoras en continuas contiendas y de vencidas. Verdaderamente, que si no se pueden unir unas con otras sin arte una máquina de ruedas entre sí tan contrarias, como son las que forman un reloj, mucho menos se puede creer, que puede despues correr de continuo sin arte con un tenor; de suerte, que la misma contrariedad de sus movimientos sirva de concordia; la oposicion de mayor preservacion, la hostilidad de mayor paz. Quantas Monarquias han caido en tierra en pocosísimos siglos? Veis aquí que el dominio de los Asirios, de los Medos, y de los Macedones, de los Romanos fué vencido por otro dominio mayor, que es el del tiempo; y esto con tal estrago, que de cuerpos tan vastos aun no quedan para poderse mirar las urnas, quanto mas las cenizas. Y sin embargo, aquellas grandes Monarquias se gobernaban todas con suma prudencia, se guiaban con suma atención, se sustentaban con suma fuerza. Y queremos creer que la República de las criaturas pudiera durar constante á pesar del tiempo, sino solo la hubiera fundado la casualidad, mas tambien sustentado? Nada hay mas natural que el que se resuelvan alguna vez las cosas en los principios de adonde se originaron. Y por eso un

tódo, nacido de la casualidad, de la confusión y de la mezcla de infinitas menudencias, no se pudiera después dexar de reducir á su caos, á su confusión y á su mezcla natural. Y ciertamente, aquel capitán que después de la rota sabe reparar á tiempo el ejército, recoger los fugitivos, reunir las filas, y volver á dar la batalla, es reputado en la Arte Militar, como un prodigio de perspicacia y de prudencia. Bien, pues, es menester que no solo sea lagafioso, mas que lo quiera ser, quien no quiere admirar por milagro de la arte á aquel Artífice Sumo de la naturaleza, que de las pérdidas sabe valerse para nuevas ganancias; y después que las cosas caducas no solamente están desbatidas / mas extinguidas, sabe hallar modos de substituir al instante otras en su lugar: de suerte, que al fin de cada año faltando, para decirlo así, la naturaleza misma en perder su flor, no falte jamás; y deshaciéndose, vuelva siempre mas entera á recobrar sus fuerzas. Qué locura, pues, es la vuestra, si en vez de hácer á la verdad el debido obsequio como decirla: *yo cedo*, queréis aún impugnarla? No, no: arrojense las armas, que ella ha triunfado, solo con que tengáis en memoria quanto os he dicho: una causa casual no puede producir efectos tan ordenados, con tal proporción de medios acomodadissimos para el fin que pretende. Y dado por imposible que produjera alguno, éste fuera respecto de ella, como un monstruo, de donde no pudiera ser fecunda de tantos quantos se requieren para la constitucion del Universo. Y supuesta, finalmente, tambien en ella esta tan prodigiosa fecundidad, no pudiera tal causa proseguir por tantos siglos reproduciendo los mismos efectos con renovaciones tan universales, con reglas tan uniformes, y con un tenor de operaciones tan estables en las mismas instabilidades.

no solo es la naturaleza misma, que se suple en su lugar, sino tambien se renueva en cada instante, y se reproduce en cada instante.

sup. obtemperat unum in seipsum, et sic magis magis
 sup. quod est natura sua. §. III.

Y sin embargo que los mismos efectos hayan siempre de volver á la naturaleza, y de volver con orden, es cosa tan fuera de controversia, que los Ateístas mismos la han de creer, no obstante el ultraje manifestisimo, que mostrando que la creen, hacen á la casualidad. De otra manera habian de poner en duda, si mañana ha de salir el Sol por el horizonte como salió ayer; si la tierra los podrá sustentar en adelante; si el ayre les servirá para la respiracion; si el agua para refrigerio; si han de nacer aún hombres como ántes; y en una palabra, si toda la naturaleza ha de durar mas en la misma forma, ó se ha de desvanecer como un palacio encantado. Los pueblos de México ántes de llegar á la Coronacion de su Rey querian que les jurase, que haria que los Cielos no se parasen jamas: que ningun Planeta mudase su carrera ni alguna estacion suya; que los Mares no se secasen: que los prados, los campos, los collados y los bosques de muchos años no dexasen de dar, como decrepitos, sus partos, y de producir (1). Ahora, una cerimonia tan necia como esta, habia de pedir la prudencia mas fina de los Ateístas, si creyeran prudentemente que el Universo no era mas que un agregado casual de innumerales átomos, volubles y vagabundos. Porque nada fuera mas verisimil que el que se habian de dividir de improviso para seguir el genio natural que tienen de andar dando vueltas; y el esperar, que habian de estar constantes en perpetua union fuera esperar un claro milagro; de adonde lo pasado no les pudiera servir á los Ateístas de argumento fuerte, como nos sirve á nosotros para adivinar lo futuro: ántes el saber de ellos lo que fué, les habia de servir con mayor razon de inferir lo que no habia de ser: de suerte, que el Uni-

ver-

(1) Saaved. in instit. princ. p. 46. §. 2. ad unum. lib. 1.

verso sería para ellos semejante á un reloj gastado, que ya no sirve para mas que para mostrar la hora que no es. La verdad, pues, es, que no hay alguno entre ellos que siga en la práctica la doctrina que defiende: mas todos regulan siempre sus operaciones, como qualquiera que tiene por indubitable que la naturaleza no altera sus leyes: de otra manera es claro, que los miserables no pudieran ni sembrar, ni segar, ni comer, ni curarse, ni casi durar dos dias en la vida. Y sin embargo, qué es suponer esta uniformidad entre los efectos que han de intervenir en la naturaleza, y los que han intervenido, mas que suponer una obra toda llena de inteligencia contraria á la casualidad?

§. IV.

Parece que con esto ha acabado la casualidad de caer en tierra. Y todavía no ha recibido hasta ahora el empuellon mayor de todos: empuellon que le viene del brazo de Aristóteles, su enemigo capital (1). Porque os pregunto, qué es la causa casual de qualquier efecto que me podeis señalar? Es otra cosa por ventura que una causa que imita á la causa propia de aquel mismo efecto? Si un pintor tan afortunado como aquel, de que ya habemos hecho mencion, arrojando por despecho la esponja cargada de colores sobre su lienzo, puede figurar casualmente una rosa, distinta en muchas hermosas hojas, es menester que con aquellos colores mismos se pueda figurar sobre aquel lienzo semejante rosa tambien con la arte; porque si no se pudiera formar con la arte, tampoco la pudiera formar alguno con la casualidad. Qué decís, pues, vosotros? Decís que por casualidad se puede el Mundo formar de los tejidos de los átomos voladores, y que por casualidad se puede mantener en la primera forma? No podeis, pues, negar juntamente un artifice

(1) *Arist. Physic. l. n. c. 7. text. 66. Met. l. 11. c. 9. n. 19.*

que habia podido hacer otro tanto de consejo, y queda todavía: de otra manera será menester que os resolvais por fuerza á tragáros esta necesidad tan intolerable, que hay causa casual de las cosas, de que no hay causa propia. Mas este Artifice ni es otro, ni lo puede ser mas que Dios. Luego la misma casualidad confirma que hay Dios. Toda causa accidental presupone la natural.

Respondedéis, que por la causa natural puede suplir ventajosamente en nuestro caso la misma naturaleza de las cosas, cuyas diversas inclinaciones bastaron para labrar las varias partes de este todo visible, y bastan para mantenerlas en perpetua correspondencia sin otro Dios. De adonde, aun quando se haya finalmente de admitir algun artifice universal, mayor que la casualidad, veis aqui el que es, la naturaleza. Pero gracias al Cielo; que con esta respuesta venís á lo ménos á degradar ya á los átomos de aquel puesto, adonde los habia levantado la cabeza vanísima de Demócrito y de sus incautos parciales. Sin embargo, porque el responder vosotros así, no es mas que portaros como la Sepia, que en hallándose cogida se ayuda luego del derramar al rededor de sí tanta tinta, que se desaparece, será menester que os saque por fuerza de estas vuestras tinieblas, producidas de propósito, y os ponga en claro este mal entendido vocablo de naturaleza, que es el escondrijo.

CAPITULO IX.

Responde á quien abusa del nombre de la naturaleza para negar á Dios.

Plinio, Historiador grande, mas desdichado, que quanto supo de las obras naturales, tanto ignoró del Artífice de ellas: despues de sacudir mucho su pluma para borrarse del corazon lo que habia escrito de sí, quien le formó, llegó finalmente á concluir, que no se debía conocer mas Dios en el mundo que la naturaleza: *Por las cuales cosas se declara sin duda el poder de la naturaleza, y que esto es lo que llamamos Dios* (1). Parece, pues, que los Ateístas han aprendido de la escuela caliginosa de este autor á no querer otro Numen mas que este Numen de la naturaleza, por otra parte venerabilísimo: tanta es su antigüedad. Mas si es así, corran la cortina, y dexennos ver lo que se esconde debaxo de tan indigno vocablo. Entienden por ventura por la naturaleza aquella raíz de las propiedades singulares de cada individuo? Mas esto fuera, como si para quitar la gloria á Fidas se afirmara, que era el autor de sus estatuas el mármol, los cinceles, los compases, y no la mente de aquel Artífice sumo. Porque así como aunque el mármol sea capazísimo de recibir la figura de hombre, y los cinceles y los compases sean capazísimos de ser instrumentos para dársela; sin embargo, ni aquel ni cho jamas cosa sin la mano maestra: así es preciso que suceda en nuestro caso, y aun mucho mas; porque si sin arte no se puede formar jamas alguna labor

(1) *Plin. lib. 2. cap. 7.*

bor del arte, mucho ménos se puede formar sin arte alguna de la naturaleza, que es la que le dá las reglas al arte.

§. II.

Tomad en la mano una rosa, y preguntadla á éstos si os saben decir, quien le labró tan bizarramente aquel manto, á que cede aun la escarlata real? Y quien prosigue, despues de tantos años como ha que el mundo dura, labrándole cada primavera otro nuevo? La tierra es ciega, y no entiendo de colores, de vistósidades, de bellezas, de proporciones: son ciegas las espigas de donde brota tan hermosa flor; ciegas las raíces; ciegas las ramas: son ciegos los rocíos, que le sirven de leche: es ciego el Sol, que le abre por la mañana el capullo sobre que bizarriza, y se le asombra á la tarde, para figurarles á quantos quieren atender de los mortales la vanidad de sus pretendidas hermosuras: *Con grande aviso de los hombres, las cosas que florecen espléndidamente se marchitan muy presto* (1). Es menester, pues, que se le halle á parto tan lindo una madre mas bella que la tierra, las espigas, las raíces, las ramas, el rocío, el sol, y los influxos que llueven de las estrellas. Es menester que averigüe quien fué el que supo disponer tan bien lo roxo de aquella púrpura, disminuyéndolo poco á poco desde las hojas mas intrínsecas á las mas extrínsecas sin desvario. Es menester que se encuentre quien ingirió tan profundamente el olor, que difunden con igual suavidad por qualquier lado. Es menester que se descubra quien dispuso aquellas venitas, que discurren por adentro, y juntamente distribuyen el alimento por tantas vias, quantas ha descubierto su propia anatomía. Es menester que se liquide quien colocó aquellas hojas en su lugar, quien las torció con tan-

Parte I.

I

10

(1) *Plin. lib. 21. cap. 1.*

to garvo, quién los igualó con tanta medida; quién los acomodó con tanto magisterio; quién vistió á cada una de dos velos mas delicados que la olanda; quién las cubrió como de un velo delicado, como para testificarnos su juventud; y quién finalmente recopiló tantos asombros en un aspecto, que fuera contra la vida de un hombre, si los hubiera de discurrir uno á uno. Todo esto debia de necesidad ser artificio de una causa sapientísima (1), que se valiese de la materia variamente dispuesta, de la tierra, de las espinas, de las raíces, de las ramas, de los rocíos, del calor del Sol, y de los otros influxos, como el Escultor se vale del mármol, de los cincelos, de los compases; y de todas sus herramientas para perfeccionar el diseño de aquella estatua, que dibujó en la mente: de adonde es cosa vana entender en nuestro caso, por este vocablo de la naturaleza, mas entidad que Dios, primer Autor de las obras naturales.

§. III.

Fuera de que, no vemos cómo en todas las partes, aun sin sentido, del Universo resplandece una inclinacion, que fuera admirable aun entre los que profesan reglas de honestidad, y es atender al bien de su todo aun mas que al suyo propio? Qué duda hay, pues, de que no la pudo imprimir en alguna de esas partes mas que una causa universalísima, á quien pertenezca el cuidado del provecho comun? Y sirva para figura el azogue: si no le predominara mas propension que la de la conveniencia propia, cómo queréis que se redujera á subir á lo alto, como ligero y no pesado? Y sin embargo sube, y sube por solo el fin de llenar el vacío perjudicial á la utilidad pública. Que por eso esta y otras muchas observaciones semejantes que se pueden hacer sobre el obrar de las subs-

(1) *S. Thom. 1. 2. q. 1. art. 2. in corp.*

substancias para el bien que no es propio, nos hacen ver con evidencia, que demas de las naturalezas particulares, que á la manera de un padre de familia, proveen á sus casas privadas (1); hay en el mundo una naturaleza universal, que á modo de un Principe supremo, se desvela perpetuamente por el provecho público, valiéndose para este fin de las partes subordinadas con sagacidad admirable para la utilidad del todo. Sin este supremo entendimiento ninguna de las naturalezas inferiores pudiera ir tan derecha á su fin, como la nave al puerto: quitado este entendimiento, cada naturaleza se mirara á sí sola, y ninguna al bien de las otras: quitado este entendimiento, el hombre no pudiera ser hombre, esto es, no pudiera ser racional; porque no habiendo entre las causas visibles alguna otra, que posea la perfeccion de entender como él, no se pudiera hallar quien le diera el entendimiento. Y si queremos decir, que aun quitado este entendimiento supremo, el hombre fuera el hombre que es al presente; el hombre fuera, como racional, la causa mas noble de todas quantas miramos en nuestro mundo. Y cuál lo es mas del Cielo abaxo que el entendimiento humano? *Nada hay mayor que la mente humana, exceptuado á Dios*: así lo debe confesar qualquiera con San Agustín (2). De adonde las invenciones del hombre, las industrias del hombre, las labores del hombre sobrepujarian todas las obras de las causas inanimadas y privadas de razon, y las sobrepujarian de modo, que se debieran preferir con muy largos excesos á todas las hechuras de la naturaleza: todas las manufacturas del arte; pues provinieran del único inteligente que quedara en todo el Universo sensible, si se verificara que no hay Dios.

(1) *S. Thom. 1. 2. q. 92. art. 1. ad 2. (2) S. August. lib. 24. de Trinit. cap. 8.*

§. IV.

Veis aquí, pues, á Dios escondido juntamente y descubierto debaxo de este nombre tan célebre de la naturaleza: nombre, que para ponerlo aun mas en claro, tiene dos sentidos: el de naturaleza, que llaman naturada (si no desdenais los vocablos de que usan los Filósofos en las cátedras), y el de naturaleza, que llaman naturante. La naturaleza naturada es aquella inclinacion, que impele á qualquiera cosa á la consecucion del fin para que fué producida. La naturaleza naturante es el Autor que da esa inclinacion. Porque como el vuelo de la saeta, que es ciega para conocer su blanco, demuestra claramente, caminando á él tan resuelta y tan derecha, que va disparada por algun tirador de buena vista; así el curso de las cosas naturales, que son ciegas para conocer su fin, demuestra con mucha mayor claridad, caminando á él (1), que hay quien vea por ellas, y quien las incline, ó por mejor decir, las necesite; mas con esta diversidad, que aquella necesidad que imprime en las cosas el hombre; se dice violencia; y aquella necesidad que imprimió en las cosas Dios, se llama naturaleza. De adonde si el ver á la saeta, necesitada á seguir con ajuste al javalí que huye, nos obliga á decir: hubo arquero que la disparó; mucho mas el ver á la tierra, al agua, al ayre, y á todas las esferas necesitadas á proceder con juicio tanto mas estable y tanto mas elevado en sus cursos, nos obliga á decir: Numen hay que las dirige. Reparad, pues, que como no se puede huir del mundo, sin encontrar aquel mundo de que se huye; así no puede negarse Dios, sin que se confiese. El llamar naturaleza á aquel poder invisible, que da el orden á cosas tan hermosas en sí, tan encadenadas, tan útiles,

(1) S. Thom. 1. p. 9. 103. art. 2. ad 3.

les, tan durables, y no querer llamarle Dios, es como llamar al Sol Principe de los Planetas, y no querer por desprecio llamarle Sol. Bien puede la lengua humana mudarle los títulos, mas no le puede arrojar del Trono: *No entiendes que le mudas el nombre á Dios?* dixo Séneca (1): *Qué otra cosa es la naturaleza que Dios, y la razon divina ingerta en todo el mundo y sus partes?* Vuelve, pues, desde el principio mi primer asunto, y es, que habeis de tener mas dificultad sin comparacion en persuadiros á que no hay Dios, que en persuadiros á que le hay: tanto conspiran los efectos unidos para manifestaros á su Hacedor!

Hasta ahora habemos visto esto, estando mas sobre las cosas generales para abatir á quien no cree. Ahora lo veremos, baxando mas á las particulares; para alentar mucho mas á quien empieza á creer. Y porque este Hacedor del Universo es llamado en compendio Criador del Cielo y Criador de la Tierra, juzgaré que executo una obra de mucha importancia, si os mostrare cómo el Cielo testifica á su favor, y cómo la Tierra, volviendo á su favor, le confirma.

CAPITULO X.

Los Cielos predicán las glorias de su Hacedor.

Preguntado Anaxágoras, para qué habia nacido el hombre, respondió: para mirar el Cielo (2). No fué tan estólido, que habia de juzgar que nada habia sobre el Cielo mas admirable; como lo sintió el que le condenó por esta sentencia por mentecato. Antes, si ha de creer á Aristóteles (3), fué el primero entre los antiguos Filósofos que reconoció al verdadero Autor

(1) Senec. de Benefic. lib. 4. cap. 7. (2) Lact. Just. lib. 3. cap. 9.
(3) Arist. lib. 1. Metaphys. cap. 4.

tor de las cosas, atribuyéndolas al entendimiento divino, de quien hizo que se derivase tambien el orden tan firme que han guardado. Dixo, pues, esto, porque enamorado de la Astronomía, juzgó que no tenían nuestros ojos objeto mas á propósito para introducirnos en el conocimiento de Dios, que el Cielo despejado de nubes. Por eso si del Cielo no cuidáramos mas, que quien repara en una hermosura exterior, como lo hacen las águilas, nos portáramos, como si viéramos un libro abierto, pero no le leyéramos. Es menester pasar adelante con la vista interior á aquello mas que los Astrónomos nos enseñan, especialmente en nuestros días, quando los modernos han conseguido de aquella maravillosísima máquina noticias tanto mas exactas, que las que corrieron entre los antiguos, que he seguido otras veces. Quiero, pues, que levantados sobre esta atalaya para mirar el Cielo, consideréis cómo él os muestra los principales atributos de su Hacedor, con la capacidad el poder, con los movimientos la sabiduría, y con los influxos benéficos la bondad. Y puntualmente á estos tres capítulos podemos decir que se reduce lo que se contiene en tan gran libro.

CAPÍTULO X
§. I.

Lo primero que se nos ofrece á los ojos es la capacidad portentosa del cuerpo: y acerca de ésta, para no confundir lo verdadero con lo verisimil, hablemos antes de lo que parece ménos incierto, y despues de lo que se alcanza por congetura. Los compases, para decirlo así, de que se valen los Astrónomos en estas tan grandes medidas, son las Paralases; mas porque éstas de la parte de allá de los Planetas son insensibles, nos quedáremos de la de acá. Y no nos ha de parecer poco el subir tan alto con seguridad, de suerte que un hombre de pocos palmos pueda llegar á hacerse como una escala, que toque desde la tierra

has-

hasta Saturno, la mas distante de todas las estrellas errantes: que campos tan dilatados como los que desde allí quedan hasta el último Cielo no tienen medida: *No se pueden medir los Cielos por la parte de arriba* (1). Mas esto mismo fué ordenado con arte para insinurnarnos, que al rastrear el Poder Divino entónces nos hallamos á los principios, quando creíamos que habíamos llegado al término: por eso refrenando los ojos portémonos así. Ni los detengamos en la Luna, demasiadamente conocida; ni los paseemos á Saturno, poco observable: fíxemoslos en la cara al Sol, que está en medio.

El Sol, pues, que parece que está en el Cielo entre tantas estrellas, como Rey coronado entre los Grandes de su Corte, aunque á nuestros ojos engañados les parece tan pequeño, que imaginamos encerrarle en un espejo, es un gigante de corpulencia tan desmedida, que es su diámetro de cabo á otro de doscientas y sesenta y tres mil millas, ciento y setenta y quatro; y su circunferencia es de ochocientas setenta y siete mil quatrocientas sesenta y ocho millas; y así mayor treinta mil y seiscientas veces que todo el globo sujeto á él de la tierra (2). No os parece, pues, que esta obra sola podría, con la amplitud de su labor, bastar para representar la inmensidad que posee quien la crió. Ahora qué será, si os hacemos medir, demas de esto, la grandeza del Cielo, donde este Sol se pasea, como en su palacio real, esparciendo á manos llenas sobre todas las criaturas inferiores los tesoros de su luz? La mayor circunferencia de este Cielo es de ciento noventa y siete millones de millas, novecientas diez mil quatrocientas veinte y quatro. Y verdaderamente, si el Sol, que es un mundo de resplandor, sin embargo en el convevo de su Cielo no parece casi mas que una

(1) Jerem. 31. 37. (2) V. Riccioli. in *Almag. lib. 3. cap. 11.*

límpara colgada de su bóveda, es menester que sean inmensísimos aquellos espacios, de que él ocupa, según parece, tan poco sitio.

Y si de estos espacios que, como he dicho, se nos concede que los midamos con mas seguridad, nos queremos hacer paso para argüir el exceso de las otras estrellas superiores, concluiré brevemente, diciendo, que este exceso (principalmente si se habla de las fijas) solo es notorio á aquel Dios Maestro, que labró tan grandes cuerpos con el imperio de su voz, para muestra de lo mas que puede fabricar sin término cada momento, y no podemos discurrir sin portarnos como adivinos: *El hombre es demasiadamente mortal para el conocimiento de las cosas inmortales*, decía Séneca (1); y esto no solo por lo poco que el hombre vive, mas tambien por lo poquísimo que entiende detras de la guia de los sentidos. Se defiende, que una de las menores estrellas que vemos sin embarazo, que son las que se dicen de sexta magnitud, contiene sesenta y quatro veces toda la tierra (2); y que una de las mayores, que son las que se llaman de primera grandeza, contiene á la misma tierra cincuenta mil trescientas y cincuenta y cinco veces, con parecer casi pequeñas candelillas: tanta es la desmedida distancia del Firmamento, que está apartado del centro de nuestro mundo inferior quatrocientos treinta y ocho mil setecientos treinta y quatro millones, quatrocientas treinta y ocho mil setecientas treinta y quatro millas; de tal manera, que si un correo, émulo del de Alexandro (que caminaba, como lo testifica Solino (3), ciento y cincuenta millas al dia) estuviera por suerte en obligacion de andar todo aquel espacio que hay desde la tierra al Cielo estrellado, necesitara para acabarle de emplear ciento

(1) *Senec. de beata*, cap. 32. (2) *Ricciol. lib. 6. cap. 9. (3) V. Almag. lib. 2. cap. 8.*

cincuenta y ocho mil setecientos noventa y quatro años; de suerte, que aunque se hubiera puesto en camino desde el primer dia que nació el Mundo, no hubiera llegado aún á pasar enteramente la vigesima quinta parte de su camino (1).

Esto es lo que les ha parecido á Astrónomos sapientísimos de nuestros dias despues de largos cálculos, y despues del largo comercio que han tenido con las Estrellas. Y quién sabe que éstos tambien no dan debaxo del blanco, como dieron los de los tiempos pasados; y que no nos pintan aquella máquina excelsa menor, que es verdaderamente? Quién sabe que la esfera de las Estrellas no es de la misma manera mayor sin comparacion; de suerte, que aquellas Estrellas que parecen tanto menores que las otras, no sean verdaderamente ménos grandes, mas solo mas distantes? Quién sabe que así como con el uso del tubo óptico habemos descubierto desde acá abaxo tantas luces que antes no parecian, así si pudieramos subir allá arriba donde estan los Planetas altísimos, y desde allí, como desde otras tantas torres, valernos de semejante instrumento como de espía, no consiguiéramos con el hallar otras innumerables novedades, ignoradas hasta ahora, por aquella grande distancia que no permite que llegue hasta allá alguna de las huellas humanas? Lo cierto es, que de qualquiera manera que nos figuremos que son aquellos espacios, no les pueden parecer á nuestros sentidos ménos que una pequeña inmensidad; pues al cotejo de aquellas esferas el globo de la tierra, por otra parte tan corpulento, se desvanee al instante, y no hace ya figura mayor que un punto: dando con esto lugar á aquella famosa reprehension de Séneca (2) á tantos necios mortales atentos á amplificar sus confines, á lidiar, á luchar á tan angosto campo, teniendo allá arriba tanto mas donde dilatarse: *Un punto*

Part. I.

K

(1) *Almag. l. 7. cap. 5. (2) Sen. Natur. 9. l. 2.*

es aquel en que navegais, en que batallais, en que disponcis los Reynos: un punto es.

§. II.

Ahora, volviendo á máquinas tan desmedidas, no fuera grande empresa si se llegara en muchos años, no digo á revolverlas, mas solo á hacerlas mudar tanto de sitio? Creyóse por maravillosa gloria de Miguel Angel (1), que se dixese, que en virtud de las máquinas que habia inventado con su ingenio, pudieron despues ménos de mil hombres levantar en la Plaza Vaticana aquel obelisco, en que el Rey de Egypto habia empleado treinta mil. A tierra, ó pensamientos humanos, para hacer obsequio á la sublimidad del primer Motor. El Sol (cuerpo tan maravillosamente crecido) en el Equador corre cada hora siete millones, ochocientas ochenta y ocho mil novecientas y treinta y quatro millas; y en cada minuto segundo, que es la sexagesima parte de un minuto primero, corre dos mil ciento y noventa millas, ó por mejor decir, no las corre, mas se las traga; tan rapidamente se mueve. No os parece que el pensamiento mismo está ya cansado de seguirlos? Hácese cuenta de que el viage que acaba el Sol en un día solo (que es de ciento ochenta y nueve millones, trescientos treinta y quatro mil quatrocientas y diez y seis millas) apenas le caminaría una bala de artillería, llevada igualmente sobre las alas del fuego, en el término de ciento y veinte años enteros.

Mas no desperdiciéis de modo vuestros estupores, que no os quede una buena parte para lo que se sigue. No es el Sol entre los Planetas el mas ligero (2). Mercurio puesto en su mayor altura, llega en una hora á correr mucho mas de once millones de millas: Venus mas de trece: Marte mas de veinte y dos: Júpiter mas

(1) *Esc. de sign. Eccles. l. 6. c. 24. (2) P. Astrag. l. 7. v. 71.*

de cinquenta y uno: Saturno mas de noventa y siete. Y si con lo verdadero no os es pesado admitir lo verisimil, entre las Estrellas del Firmamento hay muchas puestas en la Equinoecial, que en una hora corren sin pararse el espacio de dos mil doscientos setenta y quatro millones, trescientas ochenta mil y quinientas millas: y en su segundo, corren el espacio de seiscientos treinta y un mil ochocientas ochenta y siete millas. Mucha razon, pues, tenia el que afirmo, que la vista del Cielo era suficiente para formar un gran hombre sabio: *Mira al Cielo y filosofa*. No tiene entendimiento quien no divisa en las maravillas de la obra la sabiduria de su Hacedor. Y el que todavia quiere pertinaz reducir á accion fortuita el fabricar máquinas de grandeza tan exorbitante, y reducirlas á concordia con tanta ley, y compelerlas á la carrera con tanto aliento, seguramente merece que le lleven preso al hospital de los locos, como privado de aquel juicio que le da á la casualidad. Es menester necesariamente confesar lo que vio Séneca con sola la luz que tuvo entre sus tinieblas, y es: *Que no está tan grande obra sin algun custodio: y que este discurso cierto de los astros no es de impetu fortuito, mas que procede con imperio de ley eterna esta velocidad sin tropiezo* (1). Estos son indicios muy manifiestos de una mente Gobernadora; y quien ni aun desde la cumbre de las esferas sabe en nuestros dias dar un vuelo para conocerlo, se puede decir que no hace caso de las alas que le ha dado la razon; y por eso no se le debe mas que el ir agatas por la tierra como un jumento.

Pues qué sería si le fuera lícito á la vista observar por menor la proporcion de estos círculos Celestiales, la consonancia, las causas y los fines de tan varios pero reglados discursos? Nosotros que quedamos espantados del concierto de un bayle que dura una hora,

(1) *Sen. l. 1. de Prov. c. 1.*

de qué éxtasis de maravilla no quedáremos sorprendidos con aquella estable danza, que puede tener atónitos á los entendimientos mismos de las inteligencias mortices? Mas fuera de nosotros entónces lo que fuera, aquella misma nada que ahora sabemos nos predica en voz alta, que hay un Dios, Soberano Ingeniero de estas máquinas inauditas, y de aquellas sus increíbles ruedas sobre que se revuelven con tanta facilidad. Que por eso podemos decir con mas particularidad del Cielo, lo que de todo el Mundo dixo San Agustín: *Con su hermosísima vista proclama que fué hecho, y que pudo ser hecho, no por otro que por un Dios infable é invisiblemente grande, é infable é invisiblemente hermoso* (1). Y sus voces son, la puntualidad, si así la queremos llamar, y la constancia inviolable de estos grandes movimientos; pues desde que los Cielos fueron criados, no han variado jamas aquella primera regla que les fué prescrita de revolverse: de adonde fundados en la aparente regularidad de giros tan diversos, podemos publicar los cálculos y las efemerides; y podemos predecir las conjunciones, y los eclipses tanto tiempo antes que sucedan. Ahora, si un relox para que no yerre ha menester necesariamente un artífice que le trabaje con grande ingenio, y que de quando en quando le revea, le repula, le tenga en concierto, en qué ánimo podrá jamas caer, que los Cielos, esto es, aquellos puntualmente que dan con sus movimientos la regla al relox, pudieron tener la casualidad sus principios, y de la casualidad sus progresos, habiendo durado ya cerca de sesenta siglos con un tenor tan uniforme?

Diráse que proviene esto de la naturaleza de los Cielos, que así lo lleva. Mas no; porque qualquier movimiento propio de un móvil no es dirigido de sola su naturaleza, mas tambien del mismo móvil que se

va

(1) *Ib.* 11. de *Civ.* c. 14.

va como peregrinando para encontrar en otra parte algun bien que le falta en su casa. Pues el moverse puramente por moverse es, á largo andar, tan contrario á la propension de cada ser, que los Poetas en su infierno (1) no supieron inventar pena mas extraña, que el estar siempre dando vueltas como el infeliz Ixion sobre una rueda, sin sacar jamas mayor provecho de aquella interminable revolucion, que seguirse á un tiempo, y huirse á sí mismo.

Revuelvase siempre Ixion (2);

Y con aquel movimiento;

Infelizmente se sigue;

Y se huye al mismo tiempo.

Aquel gran movimiento, pues, de los Cielos, aquel andar perpetuamente al redor sobre nuestras cabezas, aquel caminar con tanta constancia, aquel correr con tanta ligereza, y esto no mas que por nuestro bien, no puede proceder de su naturaleza particular: así porque su movimiento, siendo circular, no tiene término adonde mire, y por eso no puede ser apetecible para alguno de ellos por sí mismo, como porque no se descubre, qué nueva ganancia llegue á conseguir alguno de los Cielos con sus viages continuos: antes mientras el primer Cielo se mueve en sí mismo, si se moviera en gracia suya, buscara su perfección dentro de sí: y así se moviera para hallar aquel bien que ya posee: como un necio que sacudiera con ansia para encontrar el anillo que tiene en el dedo. Queda, pues, que aquel efecto que no se puede derivar de la naturaleza particular de las esferas Celestes, se derive de una causa universalísima, que como señora del todo, tenga en el corazón el bien de las otras criaturas mas nobles, á que hace que sirvan las esferas con sus movimientos.

§. III.

(1) *S. Thom.* 1. p. 4. q. 9. art. 1. in cor. (2) *Ovid.*

§. III.

Y si la magnitud de los cuerpos Celestes nos declara el poder de su Artífice, y los movimientos nos declaran la sabiduría, no será ménos eloqüente la redundancia de los influxos benéficos para mostrarnos la bondad. Baste decir, que si los Cielos se pararan algun poco, esa quietud fuera la última destruccion de la naturaleza inferior, privada de un golpe de vigor y de vida, no ménos que lo quedan todos los miembros al pararse el movimiento del corazon. Y de hecho, los daños que le resultan á nuestro Mundo de los eclipses de las lumbreras superiores, demuestran claramente la dependencia suma que tenemos del Cielo, y quanto qualquier pequeño impedimento que se atravesase á sus continuas influencias trae de incomodidad y de desconcierto. Mas para hablar de cosas aun mas evidentes, no nos alejemos del Sol, tomado de nosotros por término luminoso de nuestra contemplacion.

Los antiguos sabios de Egypto le intitulaban hijo visible de Dios invisible; y á la verdad dixerón demasiado: pero les pueda servir de excusa aquel excesivo resplandor que los cegó. El Sol no es hijo, mas es retrato del primer ser que quiere en él, como dibuxarse á sí mismo, y guiarnos con esta hacha al conocimiento de su Naturaleza Divina, disponiendo por eso que sea juntamente único y multiplicado; único en la naturaleza, y multiplicado en la beneficencia, de la suerte, que no haya criatura que no reconozca al Sol por padre; pues adonde no llega con la presencia, llega con la virtud. El Sol, pues, como primer Ministro en el reyno de la naturaleza nos va distribuyendo cada hora quanto tenemos de vida, de salud, de espiritus, de placer, segun los órdenes que recibe de su Príncipe Soberano. Dixe, segun los órdenes que recibe, porque el viage obliquo que hace en el Cielo muestra evidentemente la Arte Divina que tiene la cau-

sa primera en quererle tal; en tanto grado; que el entender, esta misma obliquidad es entender la cifra de todos los sucesos naturales mal conocidos. Así le pareció aun á Plinio: *El haber entendido su obliquidad, es haber abierto las puertas de las cosas* (1). Porque es cosa cierta, que necesitaba este Mundo de varias estaciones para mantener su virtud. Necesitaba del Invierno para unir el calor natural, que en estando sitiado de la escarcha enemiga, se retirara mucho mas adentro para su defensa, echando en ese reconcentramiento mas fuertes raices, y proveyéndose de mas copioso alimento. Necesitaba de la Primavera para salir como á campaña con buena ordenanza en nuevas hojas, en nuevas flores, en nuevos pimpollos. Necesitaba del Verano para combatir y vencer el humor superfluo, extenuando lo que en los cuerpos hay de redundancia, y cociendo lo que hay de crudeza. Y finalmente, necesitaba mas del Otoño para triunfar con la abundancia de los frutos de que colma entónces todos los sénos. Ahora, todo esto lo obra el Sol, con sola la diversion que hace, ya hácia el Aquilon, ya hácia el Austro, hasta veinte y tres grados y medio en su mayor distancia del Equador. Y lo que mas es de estimar, obra todo esto con una mudanza casi insensible. Porque si de los frios rigurosos del Invierno se pasara inmediatamente á las llamas del Verano, ó de las llamas del Verano á los hielos del Invierno, quanto se incomodáran nuestros cuerpos con aquella repentina mudanza, y quanto padeciera la naturaleza? Ahora, el Sol torciendo poco á poco con discrecion su camino mete entre los extremos del sumo frio, y del sumo calor la Primavera, y entre los extremos del sumo calor, y del sumo frio el Otoño, y con igual suavidad va templando las fatigas á que nos obliga, y va perfeccionando las gracias que nos reparte. Lo mismo

(1) Plin. l. 2. c. 8.

mo hace tambien cada dia en la justa division de las horas diurnas y nocturnas, señalando un tiempo para el trabajo, y otro para el reposo: y ya alargando los dias quando es menester acrecentar el calor á la tierra: ya alargando las noches, quando por el contrario es menester disminuirlo: y ya igualando las noches y los dias, quando es mejor que se igualen las partidas. Quién, pues, no ve, que siendo los viages del Sol, y proporcionadamente los de las otras esferas todos en beneficio del hombre, todos con ley, todos con peso, todos con medida, es necesario que sean consejo de una gran mente que intente el fin con suma sabiduría, y con suma bondad; y que con sumo saber y sumo poder aplique al mismo tiempo los medios para el fin? Por otra parte, el Sol aunque se nombra el ojo del Mundo, es ciego para conocer este fin, y para aplicar estos medios; y es totalmente insensible para inflamarse por nuestro bien: y tambien es ciego é insensible totalmente el Cielo con todas las luces de sus Estrellas benéficas. Luego es preciso que todo esto sea obra de un Artífice, que en la grandeza de las esferas, en la velocidad de los movimientos, en la multiplicidad de las influencias propicias nos haya formado un retrato de su brazo, de su mente y de su corazon divino, que ponernos delante de los ojos. Fuera, pues, muy gran vergüenza del hombre, si el que por las huellas que dexa una tierra en el bosque sabe reconocerla, sabe buscarla, sabe llegar hasta hallarla en su cueva, no supiera por los vestigios tan manifiestos de la Omnipotencia, de la sabiduría y de la bondad que ve estampados en los Cielos, reconocer, rastrear y llegar tambien á hallar á Dios en su Trono, y á venerarle.

CA

CAPITULO XI.

La consideracion de la tierra nos levanta á conocer á Dios.

Baxemos ahora del mundo superior á este inferior, y á imitacion de los que largo tiempo han fatigado la vista en bordados de oro, recreemos en lo verde de tantas laderas y de tantos prados algun poco las niñas de los ojos, deslumbradas con el resplandor de aquellas esferas, que vencen todas las claridades. Dexemos el Cielo, y con una forma de contemplacion mas acomodada á la pesadez de los sentidos, parémonos sobre la tierra. Seguramente que nadie puede tener excusa de no avanzarse al conocimiento de la verdad, quando qualquier camino, ó baxo ó alto, que se tome nos lleva allá: basta querer llegar. Los antiguos maestros por un arcano de profunda filosofia solian decir, que el padre de todas las cosas era el Cielo, y la madre la tierra. Y de hecho vemos, que como el Cielo está en continuo movimiento para nuestro provecho, así tambien la tierra está en continuo parto. De donde habiéndonos empeñado en reducir lo mucho á poco, podrémos observar en esta madre dos prendas señaladísimas: la fecundidad en el número de las crias: la gracia en la hermosura; prendas, que juntas nos servirán de guia para hallar la primera causa, fuente inagotable de todo lo bueno y de todo lo bello, que es Dios, el qual, siendo invisible en sí, se nos quiere hacer otro tanto visible en sus efectos; *Fabrió de tal modo la naturaleza de las cosas, que siendo su Magestad invisible, fuese conocido por sus obras* (1).

Part. I. L. 1. §. I.

(1) Athan. contra Idolos.

§. I.

Por eso es conveniente que ántes de admirar á los hijos, demos una ojeada á la madre. No hay cosa en la naturaleza que parezca que se hizo mas casualmente, que la disposicion de la tierra; y por eso si tambien en ella halláremos una sabiduría admirable, será necesario ceder á la verdad, y gritar desde lo profundo: Quáles serán los estudios y los primores, si estan tan cargadas de artificio las negligencias? Decidme, pues, quién tiene pendiente en medio del ayre una máquina tan portentosa, como es la tierra? O si nadie hay que la tenga, sobre qué se sustenta? Cavad mas abaxo, ahondad, andad al rededor, y sabed decidme adónde estan los fundamentos de un edificio tan firme, que al cabo de tantos centenares de lustros no ha hecho la menor quiebra? Puntualmente diréis: aquí no sirven los fundamentos: el tener la tierra el centro de su gravedad en medio de sí misma, es la única causa de su firmeza. Quién os lo niega? Mas no veis como esto mismo le demuestra á quien tiene florido espíritu, que se formó con diseño, no por capricho? Pónganse, pues, delante los que pretenden refundir todo el orden de las cosas en la necesidad de la materia, y si tienen corazon expongan con brevedad, de qué necesidad de materia proviene, que esta gran máquina penda toda en sí misma, y así pesada se mantenga y repose inmóvil para todo vayven. Seguramente que no se puede decir, que fué esta materia la que se dió á sí esta necesidad: de otra manera hubiera sido formadora de sí misma, que es puntualmente lo que provoca las risas de todos los sabios. De adónde, pues, la tuvo mas que de aquel que fué el Inventor de todo? Todo principio pasivo necesariamente supone un principio activo, que lo sujete.

De-

Demas de esto (1), qué necesidad de materia podría jamas, que el agua se estuviera dentro de la tierra para formar el Océano, y no ántes la circundára por todas partes, como lo hace el ayre? Pues esta es la situacion natural que se le debe al agua, si se considera solo como elemento? Tuvo por ventura manos la tierra para cavar en sus entrañas aquella fosa tan sin término, que se dice Mar, y tuvo fuerzas para abrazarlo en sí misma con tantos senos por las utilidades que consiguio? Bien ciego es de entendimiento quien no conoce, que para todo esto se requeria la virtud de una inteligencia suprema, que para facilitar el comercio humano reduxo toda el agua en un lido, y quiso que la tierra ya se encorvase en recodos, ya se extendiese en cabos, ya se esquadronase en costas, ya se desahogase en playas; en un lugar le diese angostissima entrada á las hondas para hacer canales, en otro se ensanchase sin confines, todo como lo habia menester la navegacion; para lo qual quiso tambien, que de trecho á trecho saliesen en medio del agua islas fructuosas para el oportuno reposo de los navegantes, para recobro, para refresco, y para mostrarles, á manera de términos hincados en el mar, las leguas de sus viages.

Y qué cosa á la primera vista ménos atendida, que la disposicion de los montes? Y sin embargo, los que parecen unidos acaso, estan dispuestos con orden tan perfecto, que baxando de ellos los rios á fecundar los valles, encuentran siempre entre uno y otro, en tantas vueltas y revueltas como hacen, el camino abierto, sin hallar en tan larga peregrinacion hácia el Océano su patria ni una colina, ni una ladera, que no les dé cortesmente paso, aunque se les atraviese rústicamente en el camino. La tierra, segun

L 2

la

(1) *S. Thom. 2. p. 2. q. 44. art. 2. ad 2.*

La inclinacion particular de su naturaleza, no requeria variedad de montes y de llanos: y esto supuesto, para qué se ve tal elevacion en sus partes, que sobrealzando de los repechos mas baxos, se levantan siempre hasta hacerse collados? Quien necesitó de esto fué la comodidad del Género Humano, que desta montes, donde tiene reparo de los calores, donde tiene recreaciones de cazas, donde tiene defensa de los vientos mas impetuosos. Y quien lo concedió fué aquella Sabiduría infinita, que teniendo el brazo igual al consejo, no solamente con aquella diversidad de llanuras y de cumbres, de faldas, de valles hace mas bello este edificio, como con resaltos de artificiosa disonancia; mas demas de esto fecunda este gran cuerpo con tantos arroyos, que ántes ocultamente pasan por sus entrañas, y despues manifestamente corren sobre su espalda con un movimiento semejantísimo al de la sangre humana; de suerte, que como la sangre corriendo del corazon por las arterias, mas escondida se insinúa por todos los miembros, y de los miembros mas descubiertamente vuelve al corazon mismo por las venas; así el agua del mar se le mete solapadamente en el seno á la tierra por secretos canales, y despues á la vista de todos se vuelve al mismo mar por rios descubiertos. O, si así procuraran todos los hombres merecerse aquel hermoso titulo tan estimado de Tertuliano, de estudiantes de la naturaleza: *Discipulo de la naturaleza* (1), qué doctas lecciones de la Soberana Sabiduría no llegarán á aprender! Creedme, que con brevedad se avergonzarán de tener comun la especie con aquellos abortos, ó por mejor decir, monstruos, que al mismo tiempo son hombres, y niegan á Dios.

§. II.

(1) *Tertul. de resurr. carn. cap. 12.*

§. II.

Y sin embargo, toda la arte divisada hasta ahora así en escorzo sobre el sitio solo que se le ha dado á la tierra, apenas conservará el nombre de arte, comparada con aquella maravillosísima Intelligencia, que ha enriquecido á la misma tierra con tantos hijos. Los antiguos pintaban á la naturaleza debaxo del semblante de una Iside, toda pechos, para criar los innumerables partos que daba á luz. Bien está: pero quien llenó de leche aquellos pechos, que jamas se restañan, y quien colmo de espíritu aquellas entrañas, que no se hacen jamas estériles? Luego es menester recurrir á un primer Sér, principio de todos los bienes que hay fuera de él. Y en esta consideracion es fuerza darse por vencido á los primeros pasos, confesando con ingenuidad, que le es mucho mas fácil á la naturaleza el hacer, que al hombre referir lo que ha hecho. Porque quien tendrá jamas ánimo para recorrer el número grande de las yerbas, de las plantas, de las flores, de las frutas, de las semillas, y de tantos animales de que la tierra, si no es madre, á lo ménos es ama, preparándoles á todos su comida, como mesa comun, que publicamente les ha puesto la naturaleza? Para hacer la reseña generalísima, no digo de los individuos que hay en la tierra, mas aun de solas las especies, fuera insuficiente la forma que tuvo Xerxes para contar su ejército, quando le contó esquadra á esquadra dentro de un grande círculo. Fué poderosa; pues, sque-lla alta voz, que llamó de la nada en un punto tantas cosas tan grandes, y que cada hora las sustentó (1), no siendo esta menor maravilla; pues siendo todas las cosas terrenas por sí defectibles, no tienen menor necesidad de la primera causa para conservarse, que

(1) *S. Thom. 1. p. q. 103. art. 5.*

tuvieron para salir al principio á luz. Ahora en tantas mudanzas, en tantas muertes, en tantas ruinas como reynan sobre la tierra, jamas se ha apagado hasta ahora, despues de tantos siglos, alguna de aquellas especies que se levantaron en el nacimiento del mundo á la señal de la Divina Voluntad: de adonde esta misma conservacion tan diligente de la naturaleza llega á testificar aquel gran Señor, que la rige sin cesar desde lo alto, y tiene de ella cuidado.

Añadid á la numerosidad de los partos su bellez, y decid luego, si puede quedar alguna duda de que es cada uno hechura de una mano celestial. Siempre me agradó mucho el sentimiento de una gran alma, que caminando la primavera por tierras de mucha yerba, esmaltadas de hermosas flores á manera de estrellas, iba de quando en quando con un báculo, que llevaba en la mano, derribando ya uno de aquellos renuevos, ya otros, y diciéndoles: no levantéis tanto la voz. Entendia con qué alteza de expresiones cada uno de aquellas flores significaba, quanto mas bello era que ella aquel Dios que las habia criado: por eso parecia que queria decir: os he entendido: no mis, no mis: sé lo que me queréis avisar. Y para decir la verdad, aunque de todo lo hermoso sensible no vemos en alguna cosa mas que la superficie, sin embargo esta superficie misma es tan digna, que basta para dexarnos atónitos de estupor, así como nos dexa totalmente atónitos la superficie sola del mar, quando le vamos mirando al rededor desde un alto escollo. Echad la mano á qualquier renuevo que encontréis, el primero, sea yerba, sea flor, sea rama, sea ramito, y mirándolo atentamente solo por afuera, raparad si se puede labrar mas primorosamente. Estoy cierto de que quien entiendo el diseño no hallará que enmendar. Pensad, pues, qué sería, si los ojos pudieran ser testigos del orden que tienen entre sí las partes mas interiores,

y de los artificios ocultisimos de que se vale aquel género de sombra de vida para nutrirse, para conservarse, para crecer, para engendrar otro semejante á sí.

Mas porque hablemos mas á los sentidos que al entendimiento, portémonos así: estrechémosnos solamente á considerar la variedad de los modos que se ven en estas criaturas tan baxas, que engendra ó cria la tierra. Las angustias del ingenio humano, que sin embargo es mayor que el mundo, no le permiten á algun artifice que exceda en qualquiera habilidad. Mirad á los Pintores solos: unos son excelentes en el colorir, otros en el dibuxar, otros en el disponer, otros en el acabar las obras enteramente: éste no tiene igual en el representar batallas, aquel en figurar paisés, el otro en el fingir perspectivas, es otro en el poner delante los mares en tempestad: uno flores, otro frutas, otro fieras, otro noches obscuras, sin que jamas se haya encontrado alguno, que en todos estos géneros haya conseguido alabanza. Y sin embargo aqui no se trata mas que de una simple imitacion de las apariencias, que se conocen á una sola mirada. Ahora qué Mente será aquella, que es perfectísima igualmente, no solo en trabajar las apariencias de infinitas criaturas, mas las substancias, sin que se pueda hallar jamas, ni que añadir á sus labores, ni que quitarles? Qual será la fecundidad de aquellas ideas, que siempre ha de guardar en sí misma, si tan prodigioso es el número que ha esquadronado en un teatro delante de nosotros, como por entretenimiento! Yo me detengo en la consideracion de las hojas, que son lo ménos que podemos proponer en la multitud de tantas telas mas finas. Quién habrá jamas que me diga la variedad, la gallardia, las figuras que se descubren en estas solas? Porque yo me pierdo, considerándolas al rededor, unas anchas, otras largas, otras redondas, otras enroscadas,

otras sutiles, otras partidas en muchos lados por gala, otras mas blandas que terciopelo, otras llanas sin arrugas, otras iguales sin resaltos, otras greñudas como felpa, otras tiesas, otras descarnadas, otras cubiertas de sutilísima piel, todas surcadas con admirables venas, fortificadas con varios nervios, proveídas de varia pulpa, y tan diferentes entre sí, que no digo en las facciones, mas en solo el color en qualquiera verde se encontrarán tan desemejantes, como lo son las plantas á que sirven de adorno: *Aun las cosas que parecen semejantes, en cotejándolas se halla que son diversas* (1). O Sabiduría infinita! Muy sorrido soy, si tantas lenguas como me hablan de tí no me llegan á despertar! Solemos en las fiestas mas solemnes sembrar de hojas las calles que nos llevan á los Templos. Ahora no ha hecho el Criador otro tanto para convidarnos al conocimiento de sí? Y sin embargo se hallará hombre tan poco merecedor de este nombre, que no se dexé guiar á término tan bienaventurado por un camino cubierto, no solo de hojas ó de flores, mas tambien de otras criaturas sin número, que hermosean el seno de esta gran madre nuestra la tierra; pues andando entre continuos milagros, no los reputamos dignos de nuestros ojos, quanto mas de nuestros asombros. Así camina tal vez un rústico gañan por una colina llena de simples escogidos, sin reparo, pisando con el pie del jumento tantas verbas saludables, mientras camina por otro lido un Médico con vista atenta, admirado de la virtud que á competencia encierran en muy pocos despojos.

(1) Senec. epist. 113.

CAPITULO XII.

Testimonio que dan de Dios los animales, que provee su Magestad con grande estupor.

Robusta sin duda fué la defensa que de sí hizo Sophocles, acusado en juicio por sus mismos hijos, como inhabil para gobernar su casa en su edad decrepita por falta de seso. Quiso que á su favor perorasen las obras, y no las lenguas. Y por eso puso de repente en mano de los Jueces una tragedia que estaba entonces componiendo. Para que viesen por su argumento, por su invencion, por su contexto, por la solucion de los nudos, por las costumbres de tantos interlocutores, por la propiedad del estilo, por el peso de las sentencias, si aquel era trabajo de un hombre filto de entendimiento. Ahora los Ateístas, por mas que se animen á borrar en sí las semejanzas de su padre, son hijos de Dios: mas hijos tan desconocidos, que le ponen á pleyto el ser, quanto mas el juicio. Veis aquí, pues, que para terminar tan gran lid, saca fuera su Magestad no un libro solo, mas millones, y mas millones de obras estupendísimas que ha compuesto, y va á todas horas componiendo. Se atreverán con todo eso á negarle al Autor de ellas el entendimiento? Si aquellos hijos le hubieran opuesto á Sophocles, que una tragedia tan hermosa no era señal infalible de juicio, pues le podia haber ocurrido de aquella suerte acaso, creeréis que aquellos Jueces les hubieran admitido tan necia réplica? Antes los hubieran apartado de sí con risa. No, de otra suerte hubieran procedido, si les hubieran opuesto que la hermosura de aquella obra podia nacer de la naturaleza de tal pergamino, de tal pluma, ó de tal tinta que se aplicó para componerla; y no de la virtud de quien la aplicó. Pues por qué, tratando de Dios, queréis que se juzgue de

otra forma? Vaya, vaya, quien no confiesa de su Magestad que todas sus obras son testigos de una mente altísima! Dad una ojeada sola á la consideracion de los brutos. Esta es mas que bastante para hacerlos decir, quien los formó, quien los apacienta, quien los provee, ó de quán grande sigacidad es menester que sobrebunde! Yo he de ceñirme á dos pensamientos, para decirlo así, que su Magestad toma de ellos: al de mantener los individuos, y al de mantener las especies. Trataremos primero del uno, y despues del otro, que son igualmente divinos.

§. I.

Y en quanto al mantenimiento de los individuos, tenemos siempre delante de los ojos un milagro sin término: y sin embargo, pasamos por él sin advertencia. No es por ventura gran maravilla, que albergándose en el ayre, en la agua y en la tierra tantos animales de géneros tan diversos, á ninguno jamas dentro de una caterva tan espesa la falte con que vivir; de suerte, que la hambre, que tan frecuentemente se escapa de los abismos, como furia, para consumir las poblaciones de los hombres y las Provincias; se mete rarísima vez con los brutos en las florestas; principalmente habiendo allí de ser su provision proporcionada no solo al número; y por eso copiosísima, mas tambien á sus inclinaciones; y por eso varísima! Por esto se conoce que no es diferente el que al principio los hizo, del que despues los conserva, pues sabe tan puntualmente conocer sus gustos, y los sabe satisfacer.

De aquí es, que para mayor demostracion de ingenio no se quiere portar con todos los brutos como con las conchas, á las quales le va destilando de las nubes el pasto hasta la garganta. Quiere que se industrién los mas para buscarsele de mil modos por sí mismos. Quién, pues, podrá explicar los instrumen-

tos de que los ha proveído para este efecto? Los principales son los sentidos exteriores é interiores; que especialmente en los animales mas pequeños, aumentan sin medida la maravilla.

Ahora, sobre los exteriores habelos de observar, cómo son dos los órdenes de animales. Unos son apropiado para andar vagueando; tales son todos los que viven fuera del agua. Otros nunca dan paso: tales dentro del agua son las ostras, las orrigas, las esponjas marinas, juzgadas juntamente por plantas, y por animales. De estos se puede dudar, si fuera del tacto, comun á todos, y del gusto, tienen otro sentido casi no necesario; pues el mismo escollo en que nacieron les tiene al rededor despensa abierta. Mas en quanto á los otros no se puede dudar. Y por eso ni de vista, ni de oído, ni de olfato está fulto qualquiera que sea de los insectos aun pequenísimos. Ahora, pues, cómo en el cuerpecillo mismo de una pulga halló el Artífice bastante espacio para colocar los órganos de cinco operaciones tan diversas? Un reloxito formado dentro de un anillo pareció digno de los dedos de Carlos V., tanto como era merecedor de su diestra el cetro de un mundo entero: Y nosotros habemos de distribuir nuestros afectos tan injustamente, que admirando á cada paso las labores de la arte humana, que es la discípula, no admiramos jamas las de la Divina que es la maestra? Y sin embargo, son tales las labores de la naturaleza, entre las quales solos los pelillos que les apuntan á las piernas de un vil mosquito contienen mas artificio, que todas las invenciones de los nobles profesores nuevos y antiguos, famosos en el Mundo.

Pues qué diremos de las potencias interiores con que estos animalillos aman vehementemente su bien, y aborrecen á qualquiera que se les atraviesa; temen, se airan, acometen; se ponen con tiempo en defensas; y ya esperan, ya gimen, ya sospiechan, ya go-

¿in á su modo? En un campo tan angosto batallas de tantos afectos! O Dios maravillosísimo! Vos nos cogéis verdaderamente todos los pasos con obras de suyo aptas para tenernos espantados los años enteros! Y hay quien todavía se quiera eximir de Vos sacudiendo todas las admiraciones!

En comparacion, pues, de los órganos destinados para las sensaciones de estos tan menudos vivientes, parece que baxan mucho de precio los que estan destinados para su nutricion. Y sin embargo, quién podrá decir, quan perfectos son tambien ellos? Halladme el mas pequeño entre semejantes animalillos (1), y sea un gusanillo, movil sociedad de estiércol, aun en él es necesario que haya las partes principales de corazon, de que se les difunda el calor vivifico á todos los miembros; de cerebro, en que se formen los espiritus necesarios para todos los movimientos; de estomago, donde se cueza el alimento; de conductos, que le distribuyan para la vida; de intestinos, donde se reciba lo superfluo de lo ya cocido; á quien tambien es fuerza que se le añadan dientes para roer, muelas para desmenuzar, colmillos para agarrar, y otros órganos semejantes, que fuera nunca acabar contarlos. Y todos ellos adonde estan? Apenas se puede creer que esten allí, quanto mas entender. Mas gracias á aquel microscopio, verdadero engrandecedor de lo que á un tiempo mismo cubre y descubre; pues no solamente nos ha revelado mucho mas de la naturaleza que ántes mal conocimos; mas tambien nos ha confirmado que allí verdaderamente está mas toda, donde tiene ménos lugar: *En ninguna parte está toda mas que en las cosas mínimas* (2).

§. II.

(1) Feinc. Redi en las observaciones acerca de los vivientes y no vivientes, p. 66. (2) Plin. l. 11. c. 2.

§. II.

Mas quando nos queramos detener en el artificio de qualquier cuerpo organico, sea el que fuere, no será facil determinar á lo que se le debe la pluma, si las menores obras, ó á las mayores. Verdaderamente, que al sumergirse en este abismo nos sucederá lo que á un nadador, que andando debaxo del agua, por qualquier lado que se vuelva no ve mas que mar profundo. Por ahora consideremos solamente lo de ahora. Con qué industrias se podian acomodar mejor en los animales todas las partes para el fin que se pretende con ellas, ó con qué invenciones que fuesen juntamente varias y uniformes, que es aquello donde se descubre mas, como ya lo decimos, la verdad de un entendimiento operante? Mirad en primer lugar á las aves. Descubrireis que la naturaleza las da una pequeña cabeza armada de pico agudo para cortar el ayre: las da plumas ligeras para no cargarlas de peso, y se las da juntamente dispuestas de tal modo, que no se oponen al viento en sus vuelos, mas le obedecen: las da alas proveidas de muchos músculos, para que esten con ellos mas prontas para el movimiento; mas se las da dobladas para su mayor comodidad, y concavas moderadamente, para quando vuelen, y para quando reposen: para quando vuelen, para recoger mas ayre que las sustente; y para quando reposen, para cubrirse mas del ambiente que las moleste.

Observad luego la diferencia entre ellas llenísima de consejo. En el pueblo de las aves unas se alimentan en la tierra, y por eso éstas tienen todos sus pies corvos, para poderse tener de rama en rama buscando su sustento, donde hay gusanos, como lo hacen las gangas; donde hay espigas, como las palomas; donde hay zarzas, como los pilgueros; donde hay troncos, como las urtacas, o las picazas, que roen hasta las encinas.

Otras se alimentan en el agua, donde se estan mas de ordinario, y tales son los cisnes, y otras semejantes que miramos, á las quales se les ha dado cuello excesivo para que pesquen en lo hondo de las lagunas los vegetales que allí se ocultan; se les ha dado los pies espaciosos, á manera de remos, para bogar metidas en las hondas, pero no sumergidas; y se les ha dado el pico largo, ancho y chato para agarrar los pececitos y para engullirselos.

Otras viven de lo que roban por el ayre, como lo hace el milano, el cuervo, la águila, el gavilan; y éstos tienen el pico fuerte y retorcido para dividir en pedazos la presa muerta, y las uñas duras y sutiles para prenderla viva, de suerte que no huya.

Todos con diversa voz de unirse unos con otros se van en esquadras, como las grullas, que conocen á un rey, con diversos modos de recrearse, con diversas malicias para robar, y con otras vivezas; en cuerpecillos tan breves totalmente estupendas, si en las obras de la naturaleza, no procedieran los mas de los hombres como aquellos ignorantes, que pasando por los patios de alguna nombrada Universidad, apacientan los ojos con la vista de aquellas escuelas magestuosas, mas no entienden palabra de las ciencias que allí se leen.

Dexemos por ahora los vituperios, aunque justos, y prosiguiendo nuestro discurso pasemos á la consideracion de los quadrúpedos. Algunos se habian de sustentar de carne muerta, y á éstos los hallaréis armados para la refriega: los músculos de sus sienes son mas fuertes, por la fuerza que han de derribar á las quixadas: los dientes á manera de sierra para dividir al enemigo, con quatro pies para cogerle, quando huye: las uñas corvas y agudas para tenerle firme, mas metidas en las vaynas de los mismos pies para que no pierdan sus filos caminando, ni se emboten.

Es diferente la arquitectura de los animales que de-

deben apacentarse de yerbas. En ellos los dientes estan todos levantados á un nivel; mas los delanteros son mas estrechos y tajantes para cortar el pasto, ó de pimpollos, ó de renuevos, ó de heno, y los demas son mas anchos y obtusos para masticarlo: las uñas, habiendo de servir solamente de basas para la grandeza de sus cuerpos, son solidísimas; pero en algunos son enteras, en otros son partidas, en otros á manera de dedos. Son enteras en aquellos animales, que destituidos de cuernos, es menester que se valgan tambien de los pies como de armas, como los mulos. Son partidas en aquellos que solamente se han de servir de sus pies para caminar, como los buyes; ó se han de poder sustentar paciendo en peñascos quebrados, como los ciervos, las cabras, las ovejuelas. Son formadas con dedos, en los que se han de valer de los pies como de manos para detener las presas, como los perros, los leopardos, los leones, y en otros de caza.

La longitud del cuello es proporcionada á la altura de sus cuerpos. De adonde el camello, como es el mas alto de todos los demas jumentos, está tambien proveido de cuello mas largo: de otra manera no le fuera posible pacer no estando echado. Y porque en aquella torre de carne que el elefante lleva consigo no se acomodara bien aquella longitud de cuello, se le dió para suplemento su trompa, de que se sirve como de mano perfecta, para vencer todas las incomodidades que le trae su grave corpulencia en el desarraigar las plantas quando se apacienta, ó en el vadear los rios, quando no los puede vadear sino nada.

Ya veis que llevo el pincel á vuelo, poniendo como en escorzo aquellas figuras que por la estrechura del lienzo no pueden estar allí derechas. Pasemos, pues, de los quadrúpedos á los peces, tan bien acomodados para aquel elemento para que se hicieron. Su ca-

beza comunmente es larguilla, habiendo como tal de servirles de proa á aquellos leñitos animados que sulcan las ondas. Sus niñas de los ojos son esféricas, porque si fueran como en los animales terrestres en forma de lentejas, los rayos visuales al pasar por el agua, medio mas denso que el ayre, se quebrarian mas de lo justo, teniendo los peces necesidad de la vista muy aguda para descubrir la comida de lejos. No tienen párpados, porque el fin de ellos es librar á los ojos prestamente de las pajillas que no se aguardaban: y estas van volando por el ayre, no por el agua. No tienen lengua sino muy imperfecta; porque no habiendo de masticar el manjar, mas tragarlo, para no darle tiempo al agua de entrar en abundancia, se restringió su gusto solamente á las fauces. No tienen cuello, porque no le habian de menester para formar la voz, naciendo todos mudos como lo pide su elemento. No tienen pies, porque no han de andar á manera de quien camina, mas de quien navega. Verdad es, que en vez de pies tienen en el vientre unos dos plumillas, otros quatro, segun necesitan mas de ellas para que les sirvan de remós al discurrir por todas partes. En las extremidades tienen una pluma mas ancha, que en su navegacion les sirve de timon; y otra sobre la espalda, para gobernarse quando gustan mas de nadar boca arriba. Solas las limpreas, con otros peces semejantes, á manera de sierpes, no tienen ni pies, ni plumas, porque su genio es de arrastrar por el agua, y no de andar por ella. Están aforrados de escamas, porque si lo estuvieran de peles no sufrirían al agua: y las escamas andan todas iguales, porque no se opongan al nado. Los que entre ellos tienen ménos sangre, como ménos calientes, no respiran el ayre para refrescarse: mas le respiran todos los que entre ellos son mas sanguinos: de donde es, que fueron éstos proveidos de los pulmones cerca del corazon que se les negaron á los otros, y tie-

tienen cerca de la cabeza algunos canales, por las quales arrojan el agua que habian bebido con demasia quando se iban á lo hondo.

Al escribir estas cosas, quisiera mojar en la mas amarga hiel la pluma para habilitarla para una acerva inyectiva contra el soberbísimo Don Alonso X. de este nombre, Rey de España, que como si tuviera su trono de grados iguales al del Altísimo, se dexó salir de los labios estas impías voces: que si se hubiera hallado presente á su Magestad en la creacion de las cosas, le hubiera sugerido mejores ideas en el modelo de ellas, y mejores instrumentos en el magisterio. Venga, no su cabeza necisima, mas la sabiduria de todos los entendimientos humanos, de todos los Angélicos, y experimentese en tanta variedad de criaturas, y principalmente de vivientes, ó en el ayre, ó en el agua, ó sobre la tierra, en reformar, no digo una especie entera, no digo la cabeza, no digo el corazon, mas la cáscara de un caracol. Es éste un animal tan despreciable, que así como no se puede mover sin dexar por donde quiera que va con la tira de su baba un testimonio de su podredumbre suma, así no se puede describir sin enfado. Y sin embargo, estoy seguro de que con todo su magisterio no solamente no sabrán distinguir en mejor forma, ó colorir con mejores pinceladas, ó conducir á mayor perfeccion aquella casa rústica que fabricó la naturaleza para un vil parto suyo; demas, que si ésta por algun lado se quiebra, no se la sabrán rehacer, ni aun remendar sobre la espalda, de suerte, que se le acomode, no digo mejor que antes, mas siquiera no mal. Pensad qué hicieran con un caracol, no de la tierra donde estan los viles, mas del mar donde estan los nobles? Lean ántes las palabras de Plinio, que les quiero traer por extenso, y despues confieran entre sí sobre la empresa: *Son de tierra mas firme los murices, y los géneros de conchas, en que es grande la*

variedad de la naturaleza que juega. Tantas son allí las diferencias de los colores, tantas las figuras, en llanas, cóncavas, á manera de luna, orbiculares, cortadas por la mitad del círculo, levantadas como espada, lisas, arrugadas, con dienteillos, istriadas, con la cumbre retorcida á manera de muro, con la márgen tenida á modo de espada, derramada por afuera, doblada por adentro: con la distincion virgulada, crinita, crespá, son redécillas como canalillas, tendida, obliqua y derechamente apretada, extendida, recogida, atadas con un breve fiudo, encadenadas por todo el lado, abiertas por el aplauso, cortas para servir de bocinas (1). Tal es la cara exterior del edificio, labrado por la naturaleza para casa de una bestezuela, por otra parte de ningún precio, qual es el caracol. Ahora, no bastará ella sola para hacerlos conocer á Dios, Máximo aun en sus mínimas hechuras? Con qué arte, con qué sabiduría, con qué primor debemos creer que se han urdido en su interior tantas obras mas importantes? Y si la concha de un gusanillo es de eficacia para hacernos irrefragable la prueba de la Divina Sabiduría, no será bastante para eso un Mundo entero? Dese lugar á todos los éxtasis de estupor. Esta es la alabanza mas cabal que le podemos dar al Criador que ha hecho tanto: no celebrar sus obras, mas admirarlas: *Es-pantarse de los milagros de la virtud Divina, es decirlos* (2).

§. III.

Y sin embargo, no es poco el conseguir de algunos que á lo ménos las observen. De aquí para volvernos al camino: lo que nos muestra aun mas la Divina Providencia que asiste á los brutos es, que ántes de qualquiera experiencia saben discernir el manjar bueno del malo. Por eso se ve, que apenas ha nacido un perrillo, quando sabe de repente hallar los

pe-

(1) *Plin. l. 6. c. 55. (2) Greg. l. 2. Mor. c. 9.*

pechos de su madre, asirse á ellos, exprimirlos, chuparlos, y nunca va por hierro á buscar los de una gata. Y este suceso es tan acertado, que muchos animales le han enseñado al hombre las yerbas saludables con la eleccion que hacian, y las nocivas con rechazarlas. Así tambien descubren á sus enemigos ántes de experimentarlos tales, y se guardan de ellos: y los peces huyen de las redes ántes de haber jamas entrado: y ántes de toda prueba, los corderillos huyen de los lobos, y no huyen de los mastines: las palomas se espantan de los gavilanes, y no se espantan de los avestruces: y las fieras se esconden al rugido del leon, y no se esconden al ruido del elefante. Cómo, pues, corren estas cosas? Los brutos no las hacen por eleccion, mas por instinto, como entre los hombres las hacen los niños: lo qual se colige clarísimamente, de que vemos que todos las hacen siempre de la misma forma, aunque no las hayan aprendido. Quién fué, pues, el que les dió tal instinto? Su naturaleza. Mas de ésta misma se pregunta: quién la hizo tal? Se hizo ella por sí, determinándose á tal ajuste de operaciones, si aunque es naturaleza, es naturaleza de bruto? Luego podremos decir, que tambien se hizo por sí aquel órgano que se llama hidrúlico, que al pasar el agua ya alza las teclas, ya las baxa, con tanta ley de las notas armónicas, que no pudiera hacer mas, si estuviera dotado de entendimiento (1). Todo lo opuesto. En los movimientos de qualquiera que es movido se descubre al instante la virtud del verdadero Motor. Por eso, así como en las operaciones de aquel órgano privado de sentido se descubre la arte humana, que le hace dar aquellos tiros tan ajustados al pasar del agua, así en las operaciones de los brutos privados de seso, se descubre la arte Divina, que les hace prorrumpir en aquellas operaciones

N 2

tan

(1) *S. Thom. 1. 2. q. 13. art. 3. ad 3.*

tan prudentes al parecer, ya un objeto, ya otro que despierta en ellos variamente las especies; esto es, despierta á punto sus teclas.

CAPITULO XIII.

Testimonio que dan de Dios los animales, enseñados por su Magestad á combatir, y á curarse.

No hay hombre inteligente en la pintura que no se corra, si preguntado de qué mano es qualquiera tabla insigne, no sabe al punto decir, si es de Rafael, ó de Caracho, ó de Corregio, ó de Guido. Y sin embargo, habrá quien no se avergüence, si preguntado de qué mano son tantas hermosas obras de la naturaleza, no sabe decir luego: de la mano de Dios? Tal es qualquier Ateista. Luego bien se puede afirmar, que no es inteligente de las obras de la naturaleza. Si las entendiera, viera al instante que no pueden éstas ser de otro artifice, que del Artifice Sumo. Finalmente, las manos todas de los hombres, aunque grandes, son capaces de ser falseadas, y por eso no fuera tan grave falta no discernir bien una de otra. Mas la mano de Dios no es mano imitable jamas por alguno. Y por eso el no discernirla de la mano de la casualidad, ó de qualquiera otra cosa que no sea Dios, no solamente es defecto, mas es maldad. Nosotros habemos descubierto ya bastantemente esta mano tan única en los instrumentos, y en los instintos admirables que se les han dado á los brutos para que se conserven alimentándose. Ahora pasemos adelante. Porque todo lo que saben para conservarse de qué les serviría, si no supieran al mismo tiempo guardarse oportunamente de quien los acomete? Y tambien se tuvo atencion á esto. Sus asaltadores son dos: unos intrínsecos, otros extrínsecos. Los intrínsecos son las enfermedades: los extrínsecos son varios, enemigos que se encuentran como

mo frecuentes entre los hombres, así continuos entre los animales, que por causa, ó de la habitacion, ó de el pacto, ó de los hijos, ó de otro interes que hay entre ellos mantienen competencias eternas.

§. I.

Y para hablar en primer lugar de estos enemigos extrínsecos, es cierto que sin haber aprendido jamas la Arte Militar, saben los brutos conocer maravillosamente las ventajas de puesto, y las saben coger. Los ruiseñores para asegurarse de los gavilanes viven entre las zarzas. El airon para librarse de losalcones anda al rededor de la agua que temen. Y el alce, bestia por otra parte tan temerosa, que á qualquiera herida, en mirando correr la sangre cae de repente en tierra de horror, vence sin embargo á los lobos, escogiendo contra ellos por campo de batalla los rios helados, sobre los cuales se puede tener bien firme con las uñas agudas, y de dos horcas que tiene; mas no pueden tenerse firmes los lobos.

Demas de la ventaja del puesto saben los brutos conocer la de las armas. De aquí es, que el águila tiene grandísimo cuidado de sus garras: y si está parada, parece que siempre las mira afilándolas sobre alguna piedra quando han perdido el filo, y resguardándolas quando estan afiladas, con no andar entre peñas. Los ciervos, los corzos, y los toros aguzan tambien en los troncos sus cuernos, y los prueban repetidas veces antes de salir al duelo con sus contrarios. La ardea se revuelve con el pico hácia arriba entre las alas, y recibe intrépidamente el impetu de los halcones, que baxando sobre ella furiosamente para hacerla su presa, quedan muertos. Y el pelicano por que no le sorprendan las otras aves asesinas, toma con semejante postura el sueño, dormido juntamente y armado.

Donde falta la fuerza, la suplen con la union.

Así